

LAS ESCALAS DEL PODER POLÍTICO

ARTES, REDES Y TÉCNICAS EN LOS ESTUDIOS DE GUBERNAMENTALIDAD

SCALES OF POLITICAL POWER

ARTS, NETWORKS AND TECHNIQUES IN STUDIES ON GOVERNMENTALITY

Aldo Avellaneda

CES – UNNE

aldoavellaneda.ces@gmail.com

Resumen

Este trabajo avanza la tesis de que los estudios de gubernamentalidad se han definido por la ausencia de un perímetro o dominio concerniente al poder político para realizar sus análisis. Lo han hecho por la sencilla razón de que se trata de un fenómeno interior a las mismas artes de gobierno. Y esto, lejos de obstaculizar el estudio de las complejas formas de conducción de conductas y el papel de las instancias estatales, privadas, o comunitarias en ellas, comporta la ventaja de realizar un diagnóstico a partir de la inmanencia de sus propios modos de inteligir lo real. Para dar cuenta de esto, propongo una lectura sujeta a estos objetivos de las principales apuestas analíticas involucradas en el enfoque. Concluyo exponiendo brevemente que la diferencia específica de los estudios de gubernamentalidad ya no radica tanto en la propuesta explícita y puntual respecto a la forma de entender al estado (no es uno, no tiene esencia, etc.) sino en el movimiento que consiste en atribuir a las artes de gobierno sus propias escalas de poder político. Es aquí donde el enfoque sobre las artes gubernamentales se distancia de buena parte de los proyectos de teoría y filosofía política imperantes a comienzos del siglo XXI, aún en pugna en las altas cumbres de las definiciones.

Abstract

This paper argues that the studies on governmentality have defined themselves by the absence of a perimeter or domain concerning to political power in order to make their analysis. They have done so for the simple reason that this is an inner phenomenon to



the same arts of government. And this, far from hindering the study of complex forms of conducting conducts and the role of state, private or communal areas in them, involves the advantage of making a diagnosis from the immanence of their own modes of rendering reality. In dealing with this, I propose a close reading to these objectives of the main movements in this analytical approach. And I conclude by briefly exposing that the specific difference of governmentality studies is not so much the explicit and timely proposal on how to understand the state (it's not one, it has no essence, etc.) but in the movement of attributing to the arts of government their own scales of political power. This is where the focus on governmental arts distances itself from many of the projects prevailing in political theory and philosophy at the beginning of the century, still competing in the high peaks of definitions.

Palabras clave: estudios en gubernamentalidad, poder político, artes, escalas, redes

Key Words: governmentality studies, political power, arts, scales, networks

Introducción

Una pieza central en los estudios posfoucaultianos sobre gubernamentalidad como lo es *Political power beyond the State. Problematics of Government* (Miller y Rose, 2010) da la nota del lugar en el que fueron ubicados los términos gobierno, estado y política. Lo fundamental consistía en pensar los entramados de poder más allá de la consideración de la homogeneidad y centralidad estatal, epicentro al que convergían las coordenadas asumidas por muchos trabajos de ciencia, teoría y filosofía política. Comprender la heterogeneidad de las instancias de gobierno y reposicionar los análisis sobre los sistemas de pensamiento, eran parte de un mismo movimiento. El artículo concluía con un llamado a la reconsideración del lenguaje de la filosofía política, si había de persistir en sus intentos de comprender la forma en que el poder político es efectivamente ejercido. Ocurre sin embargo algo curioso en este llamado, que quizá pueda verse de forma más nítida con un breve acercamiento a Foucault.

Confrontado con el enfoque de la gubernamentalidad, este había ajustado el problema del gobierno al del gobierno político (Foucault 2007a: 17; 2007b: 111) suponiendo que con esa sola mención dejaba claro el perímetro de análisis. Algo similar sucede con el concepto de biopolítica, cuya inflación de sentido y de uso quizá pase por alto el detalle expresado por Foucault en otro lugar y por el cual la remitía a



“mecanismos diversos introducidos por la política” (Foucault, 2008a: 223). Nuevamente, es interesante recordar esa afirmación para delimitar el marco de operabilidad del concepto, pero al instante también nos damos cuenta que hemos dicho poco y nada si nada sabemos del dominio al que se refiere.

Pues bien, del mismo modo, los estudios de gubernamentalidad realizan una devaluación del estado como eje de problematización, pero ello no conlleva interrogantes sobre los atributos políticos del gobierno, vinculado desde siempre y según los enfoques clásicos, al estado. Paradojalmente, esto ha habilitado un campo de reflexión que ha demostrado productividad. Buena parte de los estudios en gubernamentalidad enfocaron sus interrogantes desde la presuposición de las múltiples y heterogéneas formas de gobierno de los individuos y los colectivos humanos en las sociedades contemporáneas, operando en algunos casos a partir de una distinción entre el gobierno político y de otro tipo y poniendo sumo cuidado en presentar en detalle las formas de su articulación.

El trabajo que aquí presento, si bien enmarcado en la tradición de los estudios postfoucaultianos en su variante anglosajona, avanza la tesis no explicitada en estos del carácter no autoevidente del poder político, sino, por el contrario, constantemente efectualizado por la dinámica misma de las artes gubernamentales que aún en el caso de poder clasificarse –teniendo en cuenta las fuentes y las redes de circulación de los escritos– en públicas o privadas, tienen el extraño atributo de poder poner en discusión estas mismas categorías. Intento seguir, en definitiva, una indicación del mismo Rose en otros de sus trabajos, y por la cual situaba al interior de nuestras racionalidades de gobierno el significado, la legitimidad y los límites del poder político mismo (Miller y Rose, 2010: 200). Creo, por último y frente a otros proyectos de teoría y filosofía política actuales, que todo esto resulta extraño a esa tradición aristotélica que parte de una definición de la πολιτική τέχνη (en qué consistiría el arte de vivir juntos), y que la autolimitación en los estudios de gubernamentalidad a precisar los múltiples modos en los que se piensa la conducción de nuestras conductas, posibilita precisamente abrir el pensamiento a otras experiencias.

El escrito se divide en tres apartados, cada uno de los cuales intenta visibilizar desde un lugar específico la dificultad de adecuar una categoría como poder político o similar, a esta “caja de herramientas”. Recordando una diferenciación hecha por Foucault en una entrevista, si los estudios en gubernamentalidad se refieren a esta noción, es porque han hecho mención de ella pero no la han utilizado. En un primer momento repaso las características de las artes de gobierno, enfatizando en su



carácter problematizador e inventivo, y presento un primer argumento en relación a la interioridad del perímetro político a las artes de gobierno.

En el siguiente apartado discuto frontalmente la posibilidad de estudiar las artes gubernamentales con apoyo en alguna medida escalar específica, desechando así la posibilidad de ubicarlas en algunas de las variantes micro o macrosociológicas (más allá de los estudios puntuales), pero también renunciando a identificar los elementos sobre los que se ejercería un poder político. Congrego en función de ello la sociología de las asociaciones de Latour y Callon, así como algunos desarrollos de microhistoria y antropología política. Por último realizo un rápido repaso por el mundo de las técnicas, lo cual me permite exponer la plasticidad pero a la vez la regularidad –vista desde las artes de gobierno– de los agrupamientos humanos, y de nuestra composición individual, todo lo cual nos aleja de la posibilidad de pensar sujetos constitutivos de la política.

Algunas breves aclaraciones. No considero que Foucault se haya preocupado por precisar muchas de las nociones que empleaba, (algunas de las cuales recupero centralmente aquí, como técnicas o tecnologías, entre otras), o de mantener estabilizado su sentido. Sí creo que funcionan como indicadores de una perspectiva, como hitos que permiten visibilizar una determinada grilla analítica y orientar un trabajo muy poco ordinario, anclado a la vez en sistemas de pensamientos, aunque relativos a problemáticas históricas puntuales. Precisamente por esto, este trabajo no tiene pretensión alguna de presentar una suerte de canon de lectura del enfoque de la gubernamentalidad, a pesar de cierto gesto escolástico que he tratado de reducir al mínimo. Las relaciones ensayadas están en función de poder argumentar convenientemente sobre la prescindencia en este enfoque de una delimitación *a priori* del gobierno político (sea en términos de campos, esferas, dimensión, prácticas o cualquier otra), para cumplir su labor analítica; y es en función a este objetivo que me he valido de determinadas articulaciones y exposiciones y no otras. La ausencia de algún principio o noción no entraña así su devaluación analítica. Por el contrario, su presencia en este u otros trabajos depende del grado de creatividad e inventiva teóricas que seamos capaces de desplegar.

Las artes de gobierno

Que la mera mención a un ámbito de estudio como dado de *relaciones* y de un particular tipo de ellas (de *poder*) no explica nada, es algo que Foucault así como sus



continuadores no se cansaron de repetir, y sin embargo, pocas frases parecen prometer tanto en el mundo académico y político.¹ Quizá se la pueda utilizar, sin embargo, como clave de acceso a una grilla de análisis que –aunque sin la sistematicidad y propedéutica de una teoría– aspira a proveer de algunos recursos para el estudio de un sorprendentemente variado conjunto de fenómenos relativos a la organización de nuestras sociedades.

Las nociones de poder o “relaciones de poder” no son términos con los que podamos ahorrarnos el análisis de lo que efectivamente acontece. Referirnos a tales relaciones no es explicar ni describir nada, sino delimitar el lugar, el “ámbito de relaciones” que será objeto de análisis (Foucault, 1991: 63-64; 2007a: 218). Claro que no se trata cualquier tipo de relaciones. En sus últimos cursos de la década del '70 y bajo el paraguas de la noción de *gobierno* Foucault prestó atención a todas aquellas en las que se ponían en juego prácticas que y por los medios que fueran, buscaban dirigir, incentivar, formar, obstaculizar, encauzar, la conducta de un individuo, varios o muchos. Y aquí deben señalarse algunos micro desplazamientos con grandes consecuencias. La noción de gobierno vino a precisar un dominio de estudio tal vez más ajustado que el antiguo y clásico “relaciones de poder”, a la vez que puso en juego un distanciamiento de mayor eficacia de su percepción represiva, ya ampliamente tematizado para entonces por Foucault, aunque en los análisis no quedaban del todo claros². Junto a esto, quedaba también asegurado un mayor nivel de versatilidad y de maniobra para trabajar en distintos niveles y ámbitos puesto que el enfoque partía por ceñirse a la escala de acción supuesta en la práctica, sin arroparla con las distinciones clásicas del canon sociológico (macro, micro, actor-sistema, estructura-acción, etc.). De allí los trabajos tan diferentes interesados en las variaciones del gobierno de los niños por la emergencia del sistema educativo (Hunter, 1996), las redes de electrificación y de comunicación en general en las colonias inglesas en la primera mitad del siglo XX (Barry, 1996), los vínculos entre la racionalidad gubernamental liberal y los procesos personales de autoestima y la capacidad de realizar promesas (Bell, 1996), entre otros.

Sobre este trasfondo puede comprenderse la función en estos estudios de la conocida prescripción metodológica de Foucault de suponer que los universales no existen (Foucault, 2007b: 17), trabajada luego con mayor profundidad por Miller y Rose en relación al tipo de centralidad otorgada al estado por los estudios sociales (Miller y Rose, 2010). Para lo que aquí interesa, esto no significa otra cosa que un llamado de lealtad a las prácticas. Es decir, resistir la tentación a explicarlas por medio



de la presencia rutilante de nociones tales como el estado, el capitalismo, Occidente, la cultura, la religión, la moral, la burocracia, etc.

Ahora bien, decididos a aceptar dicha prescripción, ¿qué queda una vez que emprendemos el estudio de un determinado fenómeno sin ubicar universales en el diagrama? Para los trabajos histórico empíricos postfoucaultianos la fórmula “suponer que los universales no existen” no significa no trabajar con conceptos tales como estado etc., sino entender que aquello que nombramos no está dado previo a las prácticas que lo objetivan. El problema de los universales no es tanto un problema de conceptos, sino de objetos. Del tipo de objeto sobre el que resulta pertinente realizar el análisis. Paul Veyne lo expuso de manera clara en uno de sus textos.

“Viene primero la práctica con el objeto que ella misma se da, y esa práctica es por naturaleza entidad unitaria: la infraestructura y la superestructura, el interés y la ideología etc., ya no son más que carnicerías inútiles, efectuadas sobre una práctica que funcionaba muy bien tal y como era y que vuelve a funcionar muy bien, hasta el punto de que los márgenes del cuadro se hacen inteligibles a partir de ello” (1984: 214).

Nos acostumbramos a pensar que las prácticas reaccionan ante sus objetos. Y el primer problema de la consideración de los objetos naturales o dados es precisamente la desactivación del efecto de las prácticas. En definitiva, “lo que se ha hecho, el objeto, se explica por lo que ha sido el hacer en cada momento de la historia; es equivocada la idea que tenemos de que el hacer, la práctica, se explica a partir de lo que se ha hecho” (Veyne, 1984: 215).

La inexistencia de universales como el estado, la sociedad civil, el mercado etc. alude sencillamente a que no están allí, como testigos mudos dados a nuestra experiencia. Son constantemente “efectualizados” por un gran número de prácticas, espacios, circuitos, roles, técnicas, tecnologías, y, claro, sistemas de pensamiento. Los trabajos desde este ángulo no solamente no aceptan invariantes antropológicos o institucionales como objetos dados, siquiera los aceptan para ponerlos a prueba (Foucault, 2007a: 18). Trabajan en el estudio de prácticas de gobierno que se dan sus propios objetos, que pueden ser consumidores, trabajadores, la pobreza, el medioambiente, la educación, los niños, una enfermedad, el tránsito, la delincuencia, la desigualdad, etc.

Pero entonces, la respuesta a la pregunta por el diagrama analítico sin universales nos traslada a otro lugar. Porque después de todo, ¿qué significa que una práctica se dé sus propios objetos? En esto jugó un papel fundamental la elección de



trabajar sobre los *sistemas de pensamiento* en las prácticas de gobierno. Lo que Foucault denominó como las artes de gobierno fue luego recuperado por estudios posteriores en clave de racionalidades políticas (Rose, 2004; 2012; Miller y Rose, 2010) o gubernamentales (Gordon, 1991). Supuso un giro, por el cual estos trabajos tomaron una tangente evadiéndose tanto del análisis de las ideologías o teorías políticas, la historia de las ideas políticas o los trabajos anclados en el análisis de grupos o estructuras.

Estudiar los sistemas de pensamiento que aspiran a organizar prácticas de gobierno significa poner en el centro de atención el modo en que tales sistemas elaboran sus problemas. Resulta central la identificación de los modos de problematización (Dean, 2010) que permiten la existencia de unas acciones sobre otras.

“Las problematizaciones son algo relativamente raro. Tienen sus fechas y sus espacios y ocurren en ámbitos locales, en instituciones u organizaciones [...] Conciernen tanto a cómo conducir el gobierno y como gobernar la conducta [...] Se realizan sobre la base de regímenes particulares de prácticas, con técnicas, lenguajes, grillas de análisis y evaluación, formas de conocimiento y experticia también particulares” (Dean, 2010: 38-39, traducción propia).

Un nuevo problema de gobierno traerá consigo la invención de nuevas formas de intervención sobre los individuos o los grupos o un realineamiento de algunas formas ya existentes. Si la conducta de individuos o grupos parece requerir algún tipo de orientación (sea por medio de un estímulo o la posibilidad de una pena), esto es porque algo en ellas aparece como problemático para alguien³. Muchos factores pueden hacer perder la familiaridad de un modo de conducirse o de conducir a otros y pasar así a ser objeto de una problematización en los términos de cómo gobernar. Sin embargo, tales factores no traen consigo ya en germen la actualización hacia modos de gobierno específicos (Foucault, 1999: 359-360).

Así, para Donzelot (2008) y en el caso de Francia, las familias fueron a lo largo del siglo XVIII blanco de una amplia serie de intervenciones por parte de las instancias administrativas, pero también de grupos de filántropos y de profesionales que la situaron sobre los vectores morales y afectivos que conocimos a lo largo del siglo XX (reformulando de manera radical el rol de la mujer en la familia, entre otros aspectos). Tales intervenciones sin duda estaban relacionadas con los patrones de organización social relativos a la industrialización y al urbanismo, con sus problemas de conformación de una fuerza laboral dócil y de higiene pública. Sin embargo, ni la



industrialización ni el urbanismo están vinculados necesariamente con algún tipo de rol puntual de la mujer en las familias.

La creatividad y la inventiva en los cálculos de gobierno resultan algo central para este enfoque (Rose 1999b). Con la irrupción de la economía política como saber pertinente a la racionalidad gubernamental liberal, los agrupamientos urbanos dejan de ser pensados como masas informes sobre las que se puede intervenir (como en los cálculos de la fisiocracia o el estado de policía), y se ve en ellos una cuasi naturaleza (Foucault, 2007b; Gordon, 1991), se compone en ellos una dinámica naturalizada de los intereses (Burchel, 1991).

Por ello Rose puede argumentar que “la racionalidades son estilos de pensamiento, modos de volver la realidad pensable de tal modo que sea posible el cálculo y la programación” (Miller y Rose, 2010: 16, traducción propia). Inclusive las mismas distinciones público-privado o estado-sociedad civil no dejan de ser categorías con las cuales las racionalidades políticas vuelven inteligibles espacios de gobierno, posibilitando modos de intervención específicos y diferenciales. El conocido eslogan feminista “lo personal es político” está presente en no pocas políticas públicas, reorientando marcos de conducta y avanzando sobre el sistema penal para la recodificación de ciertas figuras delictivas (crimen pasional, femicidio) o en transición hacia su disolución (aborto).

Hay quiénes reducen esto a un problema de intereses o “visiones” diferentes de la realidad. Otros, con un espíritu más administrativo, estudian estos asuntos en relación a la aleatoriedad limitada de los cálculos político institucionales. Y ello existe, claro. Pero lo cierto es que lo que ponen en juego las racionalidades de gobierno son mucho más que intereses. Son evaluaciones sobre las propias conductas de los individuos, asignaciones de recursos o confirmación de carencias, trabajan sobre saberes, axiomas, principios o métodos. Por ejemplo, todas aquellas políticas públicas destinadas a abrir una brecha jurídica para los derechos civiles y políticos, más allá del cálculo coyuntural de los apoyos parlamentarios y sociales del momento, nos han presentado por lo general sujetos *naturalmente* equipados con derechos e inclusive en algunos casos han delimitado el umbral bio-psíquico necesario para ejercerlos. Y en esos términos los derechos siguen siendo discutidos actualmente.

De la misma forma, se interviene sobre una realidad muy diferente en tanto la pobreza sea calculada según un juego de suma cero por la asignación de recursos escasos o de acuerdo a la fortaleza motivacional de los propios individuos para dotarse de capitales de diverso tipo. De hecho, para Procacci (1991), un nuevo



territorio de gobierno como lo social no fue posible sino cuando una racionalidad gubernamental (lateral y un tanto marginal) introdujo el problema de la pobreza al interior de los cálculos y presupuestos del gobierno de la economía a finales del siglo XIX. Para Donzelot, en cambio, lo social es el resultado de un lento pero incesante proceso de conformación de profesiones (asistentes y trabajadores sociales), legislación, e individuos (madres solteras, borrachos y vagos, niños desamparados o violentos) relacionados a un medio (“híbrido”, dirá Deleuze) que ya no se ajustaba cómodamente a la partición del derecho público y privado (Donzelot, 2008), y en el marco de la gestión y atenuación de las pasiones políticas generadas por la irrupción de grandes masas de pobres urbanos (Donzelot, 2007). En cualquier caso, lo social no es ese material autoevidente del que las disciplinas sociales han estado conminadas pero también bien dispuestas a hablar y, a su modo, crear.

Lo que está en juego en las artes de gobierno es un régimen de inteligibilidad y, junto a ello, procedimientos específicos de veridicción ensamblados a justificaciones morales, ambientales, psíquicas u otras. Esto es necesario para discutir cuestiones aparentemente lejanas como si un sistema de impuestos debe ser progresivo o no y en qué medida, para modificar los programas educativos o los métodos pedagógicos, otorgar créditos a tasas flotantes o ancladas, etc.

Pero también, y más allá de estos casos, es necesario tener en cuenta que toda racionalidad de gobierno tiene un carácter espacializante (Rose, 2007; 2010). Una comunidad, lo público, lo privado, lo global son categorías en las que se apuestan ámbitos de acción, percepciones morales, códigos de conducta, etc. y su sentido está en continua negociación con las formulaciones que de ellas se realizan en los más diversos textos gubernamentales. En ellos se efectúa la partición de los espacios de gobierno, y se ponen en juego formas diferenciales de tratamiento de los individuos según su conducta respecto a los demás pero también a sí mismos. Así, y con respecto a ciertos programas de inclusión social en algunos países europeos, Rose destaca que en muchas ocasiones suponen y proponen

“... un conjunto de micro-sectores, micro-culturas de no-ciudadanos, ciudadanos fallidos, o anti-ciudadanos, consistente en aquellos que son incapaces o no tienen la voluntad de sobrellevar sus vidas o gestionar sus propios riesgos, incapaces de ejercer un autogobierno responsable, y vinculados tanto a una comunidad no moral como a una comunidad de anti-moralidad” (Rose, 2004: 259, traducción propia).

Como lo intento desarrollar en los próximos dos apartados, en buena medida todo esto es posible bajo la permanente observación en las mismas racionalidades



gubernamentales de los límites de las zonas y conductas permeables al gobierno, y de los medios óptimos a tal fin. En ello se juegan las vicisitudes de complejas redes e innumerables técnicas y en cuya operatividad participan necesariamente actores individuales y colectivos, autoridades públicas y expertos privados, complejizando y desdibujando la imagen nítida de un poder político aunque sin dejar de esquematizar y pautar los límites de nuestros comportamientos.

El aplanamiento del estado

El trabajo sobre gubernamentalidades y sus escalas implica seguir a las artes de gobierno en los recursos materiales, técnicos o institucionales que aspira o necesita disponer y en los que intenta apoyarse. Estos definen el correlato preciso de las artes de gobierno, en el sentido que constituyen uno sus límites, sea porque ellos representan las posibilidades de operatividad de las propuestas de gobierno, sea porque se presentan como un problema y entonces lo que emerge es un rediseño de las artes mismas.

No me refiero solamente a las divisiones de las áreas institucionales (ministerios, áreas o secretarías) sino al trazado del circuito que dicho programa pretende recorrer. Esto implica no perder de vista el apoyo que pueda hacer en las disposiciones legales, éticas, sanitarias, etc. existentes. Pero también, en los lugares concretos que aspira a alcanzar: la periferia urbana, zonas rurales, familias de escasos recursos, jóvenes desempleados, madres solteras, etc. La tesis que quiero sostener aquí es que la propuesta de una escala inmanente a las artes de gobierno no está muy lejos tanto de la sociología de las asociaciones de Latour y Callon y otros episodios en la misma disciplina (Elías o Tarde, en donde lo fundamental son los entramados o las redes y sus elementos de vínculo antes que los grupos), así como de algunos trabajos de microhistoria y antropología política.⁴

Del mismo modo por el que Latour no parte del principio de existencia de algún material de tipo *social* para rastrear las asociaciones (vinculando actores humanos y no humanos), los trabajos en gubernamentalidad carecen a voluntad y completamente de criterios para perimetrar algún dominio de poder político con elementos que le sean propios. Como fue expuesto en el apartado anterior, el estudio de las artes de gobierno implica seguir (en el sentido de “ir detrás de”) las sucesivas recomposiciones que efectúan sobre un real histórico particular sistemas de pensamientos y sus correlatos de redes socio-técnicas. Esto implica comprender que las mutaciones, continuidades o rupturas que se evalúan son siempre político-epistemológicas. Si bien los propios



trabajos de Foucault y posteriores abundan en casos de este tipo, recupero aquí dos que considero ayudan a ver el argumento.

El primero lo representa el propio relato de Foucault de la propuesta neoliberal de Gary Becker en relación al dominio pertinente al saber económico. En tanto la conducta de un individuo dependa de las condiciones de su medio ambiente, un análisis económico de tal conducta no solamente es pertinente sino deseable para los cálculos gubernamentales (Foucault, 2007a: 308). Es fácil ver el efecto que tiene sobre la escala de una racionalidad gubernamental semejante afirmación. Se diluye cualquier noción de esfera, espacio o dimensión económica (propia del liberalismo clásico) en favor de una extensión virtualmente ilimitada de su dominio de inteligibilidad, con la consecuente desregionalización del tipo de intervenciones específicas y relativas a la economía. Muta la escala de acción gubernamental, y se remodelan los fenómenos que entran en el dominio de sus cálculos.

El otro ejemplo remite a la consideración de los lazos comunitarios en los programas de gobiernos neoliberales estudiados por Rose (2007). El surgimiento de la comunidad como espacio de gobierno, con sus lazos endógenos y relativamente cerrados de identidad y afectividad (pero que se intersectan con los programas económicos de modo fluido), hicieron que lo social, como dominio específico de articulación de técnicas y procedimientos de gobierno tal como se había planteado desde finales del siglo XIX, entrara en cuestión.

De allí que Rose pudiera avanzar la tesis respecto a que la racionalidad neoliberal de gobierno aspira a gobernar pequeñas micro-comunidades sin gobernar la sociedad, anudando el lenguaje moral de lo comunitario al instrumental del mercado. Nuevamente, las escalas de organización de lo gobernable como tal han mutado. En estos dos ejemplos queda claro que no existen fenómenos o individuos, artefactos o territorios, específicos de un poder político.

El segundo punto de coincidencia con Latour es el ejercicio de “relocalización de lo global” que se produce en los estudios de gubernamentalidad. En general, no se observará en estas filiaciones a niveles micro o macro sociales. Es que en el tejido de una red, el estado o el mercado no son un “contexto” que explica o determina la acción. Más bien ocupan un lugar preciso, no están por encima de ella. De acuerdo al problema indagado, el estado puede ser una oficina situada en algún lugar, o un conjunto de agentes que se desplazan de un sitio a otro, una disposición jurídica que emana desde algún juzgado y que se dirige algún ministerio, etc⁵. Asimismo, el mercado puede ser “rastreado” en términos de las acciones que se producen en una



bolsa de comercio, y que por una serie de canales administrativos, pero también predisposiciones psicológicas repercuten en las instituciones bancarias, casas de cambio, circuitos financieros, comercios en general, así como en las formas de cálculo que los individuos utilizan para organizar su vida económica.

Lo que resulta fundamental es describir la intensidad y el alcance de las conexiones presupuestas en los esquemas de gobierno. No hay nada por encima de una red pero sí hay desniveles de intensidad y conectividad. Latour denominó a estos puntos de asimetría “centros de cálculo” y cumplen una función esencialmente programática (Latour, 1987).⁶ El estado, una vez aplanado en diversas instancias de gobierno y sin ser representado mentalmente como el punto más alto en una pirámide, pasa ser visible en los análisis, a condición de especificar qué función o rol aspira a ejercer respecto a un problema concreto de gobierno. El monopolio de la fuerza y del derecho no alcanza para describir sus innumerables actividades y para contener sus metamorfosis. El estado no es ese viejo monstruo frío del que hablaba Nietzsche, a pesar de su función espectral en la tradición de la filosofía política; representa un punto nodal –y cada uno diferente a otro– en las heterogéneas redes de gobierno.

Junto a esto ha de sumarse un elemento más si se pretende ubicar los lugares de vínculo entre las artes de gobierno y los circuitos y redes de los que son parte. Me refiero a la manera particular de abordar el problema de las escalas de análisis.⁷

La práctica historiográfica que emerge con los *Annales*, con su fobia a la “historia diplomática”, su “motor de tres tiempos” para conectar episodios coyunturales a otros de “larga duración” tendía a subsumir toda diversidad a principios únicos de despliegue.⁸ Si bien se ubicaba en discusión a una historiografía clásica casi totalmente sujeta a la medida de los centros de poder y administración (con su poco control de las escalas de análisis y sus efectos paradigmáticos como las historias “nacionales”, “provinciales” o “municipales”), no lo hacía sino por la reconsideración de “variables independientes”. Buena parte del subcampo de la historia social y cultural fue pensado y trabajado teniendo como eje tales coordenadas. Lo que quiero precisar aquí es que algo similar se juega en muchos proyectos de teoría o filosofía políticas. Se propone una grilla de identificación de un locus político y con ella que se aspira a poder ordenar una descripción o realizar un diagnóstico de nuestras experiencias políticas. Poco importa que dicho centro no sea un aparato institucional, y que en su lugar sean los antagonismos, la irrupción de las partes no contadas como tales o la capacidad de mediación consensual de los diferendos lo que constituya el nivel óptimo de la política y el punto a partir del cual se hace pensable una suboptimalidad. El lugar



de encuentro entre aquella práctica historiográfica y muchos proyectos de filosofía política está en la consideración de una génesis unitaria de los fenómenos, o de un punto respecto al cual pueden medirse escalarmente.

Precisamente lo interesante para este trabajo de los enfoques microhistóricos no está en el llamado a la reducción de la escala analítica (con el efecto consiguiente de reconstruir otras historias), sino en la presunción de que existen discontinuidades sincrónicas de las experiencias sociales. Con esto me refiero a que en un mismo periodo de tiempo, las experiencias de los individuos están vinculadas alternativamente a diferentes fenómenos situados a escalas de observación también diferentes.⁹ Con lo cual, este argumento compromete seriamente cualquier intento de consideración de las artes de gobierno y sus vínculos con redes, técnicas y tecnologías, determinando *a priori* la escala de observación específica. En realidad y a su modo, los estudios de gubernamentalidad disponen de un propio indicador escalar: *omnes et singulatim*. Si los trabajos de microhistoria señalan el carácter complejo de constitución de las experiencias socio-históricas, los estudios de gubernamentalidad apuntan que los programas de gobierno trabajan de manera paralela sobre lo colectivo y lo individual, todos y cada uno y que no comporta mayor ventaja prescribir de antemano el carácter “individualizante” o “totalizante” de las racionalidades de gobierno. En todo caso y como alguna vez notó Foucault, todo gobierno debe vérselas con el problema de la multiplicidad.

La definición de una escala de acción de gobierno no es solamente un problema de la extensión de la red. Es a la vez una problematización de su tejido. Esto es fundamental ya que el tipo de tejido define la categoría de los elementos de gobierno y por ende el tipo de procedimientos pertinentes. Para finalizar este apartado, me permito reponer un argumento clave respecto a las escalas de análisis, desde un punto de vista antropológico.

“... no sólo los científicos sociales construimos escalas de análisis, también los nativos figuran y son activos productores de escalas, establecen consensos en torno de sus sentidos y alcances, dirimen conflictos por hacerse de sus significados socialmente legítimos y por el control de espacios, instituciones y poblaciones en su interior. Las escalas, pues, carecerían de sentido y medidas definibles en términos absolutos. Científicos y nativos les atribuyen un valor sustantivo siempre relativo, esto es, históricamente dado y relacionado con ciertos actores e interlocutores interviniendo en ciertos contextos” (Frederic y Soprano, 2009: 32).

Este argumento es más radical puesto que aquí no está en cuestión la medida escalar pertinente al estudio de un determinado fenómeno, sino el efecto de



invisibilización por parte de la práctica académica de las escalas “realmente existentes”. Para lo que aquí importa, significaría omitir sencillamente el trabajo de los sistemas de pensamiento.

Como los estudios de gubernamentalidad no tienen como objetivo explicar las conductas sociales, sino caracterizar en forma detallada los modos pensados y compuestos de gobierno de individuos y grupos, no seguiré a los microhistoriadores o antropólogos en este debate. Si he recurrido a esta literatura es porque resulta pertinente para argumentar en favor de las limitaciones de la determinación *a priori* de una medida escalar ajustable a un poder político. Y esto es fundamental para los trabajos sobre formas de gobierno, toda vez que sus artes, sus racionalidades políticas en general, pueden ser caracterizadas hasta sus puntos terminales, los marcos de espacio y tiempo en los que –al menos en los sueños y los esquemas– aspiran a intervenir finalmente sobre la vida de individuos y colectivos. Y como he intentado precisarlo, esto se puede hacer y se ha hecho de múltiples formas.

Podemos seguir en los programas de gobierno o en los textos en los que estos se apoyan (obras o discusiones de saberes especializados, informes técnicos, formulaciones filosóficas, programas de partido o textos doctrinarios, espirituales o de otro tipo, etc.), la magnitud del alcance de sus intervenciones posibles.¹⁰ Allí están contenidas imágenes que hacen de un territorio físico determinado un fenómeno espacial denso en atributos afectivos, morales, geofísicos, etc., y vinculado además a regímenes de acción temporal, poblado de actores humanos y no humanos también singularmente caracterizados.

Dado que lo que interesa a los estudios de gubernamentalidad son los modos en que se diagraman acciones sobre otras tantas virtualmente infinitas, las formas en que se ponen en juego dispositivos de subjetivación en relación a marcos específicos de experiencias cotidianas, es necesario pasar a los complejos socio-técnicos en tanto correlatos necesarios de las artes de gobierno en tales diseños. Esto nos dará una última línea argumental para sostener la tesis central de este trabajo, la ventaja que comportan los estudios de gubernamentalidad para evaluar la permanente retracción y expansión de los circuitos de gobierno según diferentes patrones de articulación entre múltiples instancias estatales y de otro tipo, y en función de racionalidades gubernamentales específicas que vuelven inteligible lo real de un modo particular.



El mundo de las técnicas

La expansión y operatividad de la grilla analítica de la gubernamentalidad terminó por llevar a una dispersión indefinida de las variantes a la acepción clásica del término gobierno, al no aludir al grupo de personas que ejerce el poder del estado, ni mucho menos al conjunto de sus instituciones (Bobbio, Matteuci y Pasquino 2008: 710). De la centralidad de su uso canónico en la ciencia o filosofía política se pasó a una multiplicación de las instancias en las que se puede verificar su ejercicio. Las oficinas estatales (respecto a la población pero también al personal que trabaja en ellas), una empresa, una casa familiar, una escuela, una sala de primeros auxilios, un peaje, etc. y, por supuesto, los centros de cálculo, de coordinación o de doctrina (una institución de actividades financieras, un ministerio de gobierno, una mezquita) y sus diseños respecto a cómo llevar adelante patrones de organización económica, espiritual o laboral, entre otros, no solamente encierran cada uno de ellos especificaciones sobre la orientación de la conducta de los individuos, más aún, suponen en la mayoría de los casos ensayos de coordinación –con distintos grados de estabilidad– entre sí. Tales estudios parecen trabajar *de hecho*, como lo mencioné más arriba, con un aplanamiento del dominio de análisis, mostrando un particular celo en no perder de vista los múltiples lugares en los que se juegan prácticas de gobierno y las experiencias morales, profesionales, estéticas, psicológicas que están ligadas a estos.

Los espacios sociales están atiborrados de prácticas en las que unos individuos buscan modificar la conducta de otros. Sin embargo, en su infinita diversidad, existe un conjunto de ellas que se caracterizan por un relativo marco de planificación, la participación de saberes especializados y cierta sistematicidad en su ejercicio, las *técnicas*. Si resultó minoritaria hasta tiempos recientes la disposición a su estudio fue por la gran importancia concedida al menos hasta finales del siglo XX a variables explicativas de gran escala (demográficas, económicas, institucionales). De esta manera, tanto la organización de la vida colectiva así como los modos de ser persona que habitan nuestro presente (por caso, seres con densidad psicológica y afectiva, pero a la vez responsables de sus actos respecto a los demás y a sí mismos, con capacidad de juicio, de reflexión y con derechos de diverso tipo, etc.), fueron pensados con conceptos y grillas analíticas que cruzaban transversalmente diferentes dominios de experiencia y existencia.

En discusión con las piezas sociológicas clave de las primeras tres décadas del siglo XX (fundamentalmente Durkheim y Parsons) trabajos como los de Elias (2011a;



2011b), Giddens (2003) o Habermas (2003a; 2003b) entre muchos otros, se esforzaron en proponer una relación de mutua imbricación entre individuo y sociedad. La sociología tomaba a su cargo la empresa de sugerir modos de entender el carácter histórico de uno y otra. Conceptos como filogénesis u ontogénesis, reflexividad, intersubjetividad, trataron de otorgar dinamismo a aquellas nociones ahora vistas como demasiado estáticas, y a la vez dejar habilitadas formas de comprender su mutua constitución. Los procesos de individuación y socialización se volvieron de una forma u otra un recurso clave en esta tarea.

Avanzando hipótesis de lectura sobre el carácter moderno de nuestras sociedades o las direcciones *longue dureé* de su evolución (en el sentido de Elias) las sociedades occidentales llegaron a ser caracterizadas ya en función de su grado decreciente de coerción física y avanzado de autocontrol y autocoerción (junto con la expansión de los entramados humanos); o por un fuerte desbalance entre los modos de integración sistémica y los de integración social (y en el cual las formas de racionalidad instrumental “colonizaron” el mundo de la vida y opacaron el rol del lenguaje como medio coordinador de la acción).

Más allá de las disputas locales entre las distintas empresas sociológicas, la apuesta fundamental consistiría en hacer jugar sobre un mismo plano analítico lo considerado como *fundamental* de las experiencias individuales y colectivas en las sociedades modernas. Este sería el rasgo puntual de las “teorías omnicomprendivas de las dinámicas sociales”. Los estudios postfoucaultianos, si bien cercanos a estos últimos en la consideración general de la modelación histórica de los individuos y las sociedades, no apuntan a objetivos a un nivel tal de sistematización, al menos no es su objetivo directo y esperado.¹¹ Aquél conjunto de dudas y apuestas de análisis en los trabajos de Foucault sobre la clínica o la locura (Foucault, 2003; 2009) fue extendido hacia otros dominios (ciudadanos, pobres, trabajadores) y asociado a técnicas, redes, tecnologías y artes de gobierno. El trabajo de una *genealogía de la subjetivación* (Rose, 1998), antes que a las diversas concepciones existentes sobre los individuos a lo largo del tiempo o a un tipo de experiencia subjetiva central de la modernidad, está particularmente vinculado a los múltiples y paralelos modos de inteligibilidad desplegados sobre tales individuos en dominios singulares (crimen, salud, economía, participación colectiva, moral, etc.) y el rol de relevo u obstáculo que estos juegan respecto a una racionalidad gubernamental precisa. El otro aspecto fundamental de todo esto es su centralidad para poder comprender el modo en que nos hemos relacionado con nosotros mismos



“[si] la relación con nosotros mismos ha adoptado la forma que tiene [es] porque ha sido objeto de toda una variedad de regímenes más o menos racionalizados que han pretendido moldear la forma en que entendemos y conducimos nuestra existencia como seres humanos, en nombre de ciertos objetivos (masculinidad, feminidad, honor, decoro, civilidad, disciplina, distinción, eficiencia, armonía, realización, virtud, placer) cuya lista es tan diversa y heterogénea como interminable” (Rose, 1998: 24, traducción propia).

En la consecución de estos objetivos o cualquier otro, los individuos entramos en redes relativamente particularizadas y en las que pequeñas y peculiares prácticas son la base de nuestras percepciones profesionales, nuestros criterios morales o juicios estéticos. Pueden estar contenidos en una manual de ética periodística, unas reglas de participación en un foro virtual, códigos de conducta bancaria, etc. Pero entonces “... la génesis del individuo sólo puede emerger a condición de desembarazarse de la noción misma de individuo” (Rodríguez, 2007: 11). Y esto puede asumirse como una prescripción muy sencilla, no creer que, trabajando en la genealogía de esos seres individuales que hemos llegado a ser, nos encontraremos a nosotros mismos en el origen.

Gordon ha ensayado, a partir de las intervenciones de Fontana y Pasquino en una entrevista a Foucault (Gordon, 1980), un acercamiento en “dos grandes modalidades” a las operaciones empíricas sobre los comportamientos: “técnicas que efectúan un entrenamiento ortopédico del cuerpo y el espíritu de un individuo, y técnicas que aseguran y mejoran las formas de vida y bienestar de una población” (Gordon, 1980: 254, traducción propia).

En el marco de esta caracterización general, efectivamente es posible identificar en los trabajos postfoucaultianos tres o cuatro grandes racimos de técnicas o modalidades de intervención sobre individuos, grupos o poblaciones. En primer lugar un conjunto de técnicas muy diversas que buscan algún efecto a nivel de los individuos en tanto singularidades corporales, mentales o somáticas. Los procedimientos para aprender a tocar un instrumento, para aprender a escribir, para desarrollar masa muscular o alguna capacidad cognitiva (ejercicios de cálculo, de memoria), pueden ser algunos ejemplos. La formación de un individuo en las sociedades modernas supone necesariamente su paso por un *vía crucis* técnico. La tendencia a una menor formalidad de los espacios en los que se encuentran, así como la mayor flexibilidad de interacción que suponen (técnicas que se ejercitan en juegos) no disminuyen su importancia ni efectos.

Junto a ello, otro gran conjunto de técnicas pueden ser relacionadas al plano de



las composiciones de individuos, y suponen efectos a nivel la organización de n-1 singularidades. Conjuntos finitos y más o menos delimitados de individuos cuya organización implica un circuito de relaciones de saber / poder. Este tipo de técnicas conviven y se articulan alrededor de toda la trama institucional de nuestras sociedades, desde las más dignificadas y exaltadas hasta las más invisibilizadas. Del sistema educativo a las cárceles, de los cuarteles a los hospitales y fábricas pasando por empresas o jardines de infantes, encontramos formas relativamente planificadas de organizar los agrupamientos humanos, con sus medios y objetivos, sus deseos y preocupaciones. Las historias de cada una de estas técnicas han estado vinculadas a diversos factores, pero cada vez en mayor medida se articulan con otras, consolidando umbrales tecnológicos sobre dominios definidos de experiencias.

Los estudios, por último, también han prestado atención sobre todo un complejo de técnicas que operan a nivel de las series o circuitos abiertos. En lo general tienen que ver con la visibilidad o la orientación del flujo de las singularidades individuales apoyándose en la codificación de patrones comunes en estas. Los cálculos estadísticos o la vigilancia en espacios públicos, las medidas de relocalización poblacional y reordenamiento urbano tienen en común el tratamiento relativamente aleatorio de las singularidades y buscan, articulando o no con el nivel de las composiciones, obtener efectos a niveles globales y datos de alta agregación (sin que su objetivo sea, en principio, la individualización). Estos procedimientos están vinculados en lo general al funcionamiento de diversas instancias estatales, de allí que sean los que resultan novedosos en los últimos siglos. También están relacionadas a cuerpos de saberes específicos como la economía, el derecho o la arquitectura. Deben su característica distintiva tanto a la extensión de su dominio como al carácter compuesto y heterogéneo de los elementos a los que se aplican. Pueden ser granos, individuos, correos electrónicos, etc.

Cuando hablo de técnicas no lo hago pensando única o siquiera principalmente en instrumentos materiales. Como Ian Hacking lo ha observado en sucesivas ocasiones para el caso de las estadísticas, lo importante a tener en cuenta es que toda consideración (e intervención futura) sobre cualquier acción humana depende de las posibilidades de su descripción (Hacking, 2002: 166). Y en estas intervienen técnicas intelectuales de variada complejidad (clasificaciones, identificaciones, tipologías, exclusiones, inscripciones, modos de relacionar, tipos de cálculo o de inferencias, etc.).¹²

Ahora bien, mucho más importante que esta somera caracterización es



comprender que, como lo expuso Dean, toda técnica está vinculada a algún régimen de gobierno, y a pesar de su carácter polivalente no resulta inteligible fuera de tales regímenes (Dean, 2003: 147). Las técnicas no son objetos de estudio en sí mismas, sino en función de problematizaciones, de esquemas y programas de gobierno, de circuitos y redes. Ninguno de los casos de la clasificación empleada más arriba sería de utilidad para los trabajos histórico-empíricos. Fundamentalmente porque es necesario indagar respecto a la relación de las técnicas con los fenómenos a los que están ligadas. Esto es un tanto complejo, ya que no se puede aceptar simplemente que las técnicas intervienen produciendo efectos. Se deben precisar sus condiciones de posibilidad, sus externalidades, su lugar en las redes y ensamblajes tecnológicos, el estatus de los individuos con los que toman contacto, entre otros factores.

En el estudio de las artes de gobierno, y operando entre las redes se han identificado una variedad de zonas tecnológicas (Barry, 2001) o sistemas tecnológicos (Hughes, 2008).¹³ En ellos es posible divisar la reunión más o menos concertada y planificada de elementos de diverso tipo (textos, máquinas, individuos, espacios edilicios, saberes profesionales y técnicos) (Dean, 1996b; Rose 1999a; 2007; 2012), compuestos alrededor de fines homogéneos (Dean, 1996b). Así podemos comprender que haya ensamblajes para curar, educar, reprimir, etc. Estos constituyen momentos relativamente singulares en las redes, pues “una vez ensamblados... colonizan un dominio, un espacio” (Dean, 1996b: 59).

Pues bien, las condiciones de posibilidad y el radio de acción de las técnicas siempre están vinculadas a estos fenómenos y al efecto de otras técnicas operando en paralelo, relativas a las características del espacio o a los procesos heterogéneos y locales de conformación de identidades, cuestión fundamental para poder comprender la emergencia de autoridades de diverso tipo (Dean, 1996a: 209-229). Como lo manifestaron Deleuze o Badiou, aunque por razones diferentes, los fenómenos deben comprenderse siempre por el medio, no por sus extremos.

Si en el apartado anterior el objetivo fue vincular los estudios de gubernamentalidad con un movimiento de “aplanamiento” del objeto de análisis (condición sin la cual no es posible indagar en redes o mallas de gobierno), aquí la idea fue precisar someramente uno de los vértices en los circuitos de gobierno, el mundo cotidiano, sin lirismo o heroicidad, de las técnicas. Abusando de una fórmula empleada por Foucault, quizá no sea del todo impropio caracterizarlas como “realidades de transacción”, ya que constituyen un doble punto de apoyo. Son medios concretos en los que se efectivizan patrones de orientación de nuestras conductas,



pero a la vez un insumo fundamental en los cálculos de las artes gubernamentales.

Un corolario central a los estudios de gubernamentalidad es que a menos que pensemos que todos esos modos en que devenimos individuos de características particulares son artificios que ocultan o tapan algún tipo de autenticidad en el ser humano, es necesario concluir que *cualquier* variante de racionalidad gubernamental necesita de un vocabulario, de técnicas específicas y de circuitos de redes y ensambles tecnológicos. Cualquier programa de gobierno supone, más allá de la distancia con que se presente respecto a otro en el mapa de los cuadrantes ideológicos o de los estandartes que promueva sobre libertades individuales o justicia social, un esquema de las conductas posibles y deseables, peligrosas o aceptables, junto a los encuadres técnicos que permiten operativizarlo.

Nuevamente, en todo esto no tenemos una concepción del poder político que va más allá del estado, sino regímenes múltiples de gobierno que pueden o no emerger de (o articular con) instancias estatales, y sobre los que carece de sentido perimetrar el dominio de *un* poder político, ya que esto se produce al *interior* de las mismas artes de gobierno, según las escalas de acción presupuestas en ellas. Cuando existen técnicas anticonceptivas ancladas ya sea en argumentos relativos al cuidado de la salud o a la disminución de la tasa de natalidad, se considera en definitiva la posibilidad de intervenir, modificar y planificar comportamientos considerados desde otro plano y aún en la actualidad como *íntimos*. Y en su discusión pueden estar involucradas instancias estatales, privadas o comunitarias, pero también profesionales y expertos, autoridades religiosas y políticas. Ciertamente podría preguntarse aquí por la incontestable realidad del poder político, aunque tal vez la vaguedad del referente nos impida captar de manera precisa el hecho más pedestre y concreto de las redes de gobierno y las tecnologías propias para actuar sobre la población y los individuos.

La fórmula foucaultiana de una “tecnología política de los individuos” puede ser comprendida en el sentido de Andrew Barry, no para sintetizar un época, sino para hacer visible, en el marco de relaciones de poder de tipo productivas, “una serie de preocupaciones políticas interconectadas, ansiedades y proyectos que de otro modo permanecerían en la oscuridad” (Barry, 2001: 22, traducción propia).

Conclusión

Como lo manifestó Donzelot en una entrevista con Colin Gordon, los “estudios de gubernamentalidad” en buena medida deben ser pensados como el efecto retroactivo del libro que los presenta (Burchell, Gordon y Miller, 1991). Del mismo modo, es



atendible el señalamiento de Bob Jessop de un principio de uniformización del “efecto Foucault” a lo que ciertos académicos anglosajones han entendido por tal cosa. Pero sucede que, aún en estos últimos hay muy poco en común más allá de compartir cierto *ethos* de investigación, algunas pautas generales de trabajo. No hay teoría, tampoco metodología privilegiada.

Sin embargo, arriesgo a postular que una característica que los cruza transversalmente, y que intenté fundamentar analíticamente a lo largo de este trabajo, es que nada en ellos hace pensar que esté en juego una delimitación de algún tipo de *poder político*. Todo lo contrario, en muchísimos casos esta misma delimitación ha formado parte de las contiendas y las controversias de quienes aspiran a proponer modelos de organización social específica, y en ese sentido ha sido trabajada por los estudios en tanto *interna* a las racionalidades gubernamentales ¿Acaso no vivimos en una era inaugurada hace dos siglos aproximadamente y en la cual una de las disputas esenciales respecto a la delimitación de las zonas de gobierno está en incluir o no a la familia, la mujer, la sociedad civil y el mercado como dominios inherentes al ejercicio del poder político? Claramente, la racionalidad gubernamental liberal decimonónica había interpuesto fronteras bastante nítidas entre este último y las primeras (sin atender las diferencias entre los casos), mientras que distintas variantes de crítica (por caso, marxismo y feminismo) luchan por visibilizar sus zonas de mutuo refuerzo y connivencia.

De la misma forma aunque en una escala totalmente diferente, otro dominio de realidad como las enzimas, los espermatozoides, las neuronas o los genes resultan motivo de animadas disputas, y nuestro cuerpo, como lo señaló Rose, un campo especial de juicios y técnicas derivadas de la ética. Si la prescripción de una dieta no comporta mayores discusiones, los casos de manipulación genética, fertilización asistida, el escaneo de redes neuronales y la compilación de archivos, la identificación genómica serán en un futuro más o menos cercano (y en algunos lugares ya lo son desde hace un tiempo), ámbitos de controversias que no quedarán circunscritas al cuerpo. Todo lo contrario, si por un lado estos avances posibilitan mayores y fundadas esperanzas en el tratamiento de diversas enfermedades, por otro lado empresas de seguros, controles estatales o privados, departamentos de gestión de recursos u otros, pueden, tomándolos como punto de apoyo y en articulación con saberes y problematizaciones diversas, intentar una reformulación de algunas formas de gobierno.

Como lo señalé más arriba, podemos pensar, junto con los proyectos de



filosofía política, que lo político está en el conflicto o que su esencia radica en el hecho de ser parte de algo en lo que uno no había sido contado como parte, o tal vez se juega en la mediación lingüística de nuestros diferendos. Es posible. Pero junto a ello es necesario no perder de vista que se trata de propuestas eruditas para comprender de una manera particular a individuos o grupos, relaciones, actividades y estructuras (lo que significa volverlos inteligibles en un modo específico). Esto permite poder elaborar un diagnóstico e inclusive, si la suerte no es adversa, imaginar algún tipo de intervención en los escenarios públicos sobre coyunturas puntuales.

Los estudios de gubernamentalidad recorren una vía alternativa para la elaboración de un diagnóstico. Parten por presuponer que los esquemas prácticos de organización de las conductas humanas y no humanas se elaboran bajo criterios –que problematizan de forma relativamente constante– respecto no solamente a lo que es pasible de gobierno, sino qué fenómenos están cercanos entre sí, qué instancias deben actuar sobre cuáles otras o qué tipo de procedimientos realizar para que sus efectos sean específicos en un radio determinado. He tratado de precisar las razones por las que no parece resultar de provecho la delimitación *ex ante* de un poder, espacio o experiencia política según las categorías generalmente empleadas (pueblo, estado, espacio público, ciudadanía, etc.) puesto que todas ellas son interiores al trabajo de las artes gubernamentales; tampoco resulta una ventaja determinar *a priori* la escala de acción de una práctica política puesto que las tramas de articulación de las redes de gobierno (y, por ende, de resistencia) se hacen y deshacen constantemente (este es el mismo motivo por el cual los estudios de gubernamentalidad no pueden ser ubicados bajo categorías micro o macro sociológicas); y por último, que la diversidad de técnicas que actúan sobre nuestros comportamientos y los modos en que devenimos sujetos de gobierno están en función de redes, zonas y sistemas tecnológicos, cuya atención no debe ser infravalorada en relación a algún “ámbito político clave”. No hay categorías específicas, escalas de acción propias, ni sujetos o espacios inherentemente políticos. O más precisamente, las categorías, las escalas y los sujetos se recomponen según las problematizaciones de experiencias y conductas particulares.

Si las artes gubernamentales no nos presentan por lo general disquisiciones directas y estables respecto al lugar de la política, sí nos brindan y con cuidadosa minuciosidad los detalles de lo que se debe gobernar y cómo, con qué medios y por qué razones. Un trabajo meticulado y serio sobre tales sistemas de pensamiento, los saberes en los que se apoyan y los medios con que cuentan puede permitir una mayor



comprensión de las apuestas actuales sobre qué se espera de nuestras conductas y cómo se proponen trabajar dominios específicos de comportamientos, sean trabajadores, jóvenes, pobres, transexuales, etc. Y esto es fundamental para poder imaginar otro tipo de conductas y de vida, poniendo en juego otras maneras de pensarnos y otras esperanzas, individuales y colectivas.

Referencias bibliográficas

- AVELLANEDA, Aldo. (2012). "Kant y la instancia táctica de lo público. Cuestiones de gubernamentalidad". *Logos*, 22, 87-97.
- BARRY, Andrew. (1996). Lines of communication and spaces of rule. En Andrew Barry, Thomas Osborne y Nikolas Rose (Eds.), *Foucault and political reason. Liberalism, neoliberalism and rationalities of government* (pp. 123-141). Chicago: The University of Chicago Press.
- BARRY, Andrew. (2001). *Political Machines. Governing technological societies*. Bristol: The Athlone Press.
- BARTLETT, Joaquín. (2014). "Diálogos con Lucía" (inédito).
- BELL, Vikky. (1996). The promise of liberalism and the performance of freedom. En Andrew Barry, Thomas Osborne y Nikolas Rose (Eds.) *Foucault and political reason. Liberalism, neoliberalism and rationalities of government* (pp. 81-97). Chicago: The University of Chicago Press.
- BIJKER, Wiene; HUGHES, Thomas y PINCH, Trevor. (Eds.). (1993). *The social construction of technological system. New directions in the sociology and history of technology*. Massachusetts: The MIT Press.
- BLOCH, Marc. (1982). *Introducción a la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BOBBIO, Norberto; MATTEUCI, Nicola y PASQUINO, Gianfranco (Comps.). (2008). *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI.
- BRAGONI, Beatriz. (2004) *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires: Prometeo.
- BURCHEL, Graham. (1991) Peculiar interests: Civil Society and Governing 'The System of Natural Liberty'. En Graham Burchel, Colin Gordon y Peter Miller (Eds.) *The Foucault Effect. Studies in Governmentality* (pp. 119-150). Chicago: The University of Chicago Press.

- BURCHEL, Graham; GORDON, Colin y MILLER, Peter. (Eds.). (1991). *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. Chicago: The University of Chicago Press.
- DEAN, Mitchel. (1996a). Foucault, government and the enfolding of authority. En Andrew Barry, Thomas Osborne y Nikolas Rose (Eds.), *Foucault and political reason. Liberalism, neoliberalism and rationalities of government* (pp. 209-229). Chicago: The University of Chicago Press.
- DEAN, Mitchel. (1996b). "Putting the technological into government". *History of the Human Sciences* 3(9), 47-68.
- DEAN, Mitchel. (2003). *Critical and effective histories. Foucault's Methods and Historical Sociology*. London-New York: Routledge.
- DEAN, Mitchel. (2010). *Governmentality. Power and Rule in modern societies*. London: Sage.
- DEAN, Mitchel. (2013). *Signatures of Power. Sovereignty, Governmentality and Biopolitics*. London: Sage.
- DESROSIERES, Alain. (2008a). *Gouverner par les nombres. Les argument statistique I. Pour une sociologie historique de la quantification*. Paris: Presses Mines.
- DESROSIERES, Alain. (2008b). *Gouverner par les nombres. Les argument statistique II*. Paris: Presses Mines.
- DONZELOT, Jaques. (2007). *La invención de lo social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DONZELOT, Jaques. (2008). *La policía de las familias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ELIAS, Norbert. (2011a). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, Norbert. (2011b). *Sociología Fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- FEBVRE, Lucien. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- FOUCAULT, Michel. (1991). Omnes et singulatim. Hacia una crítica de la razón política. En *¿Qué es la ilustración?* (pp. 17-66). Buenos Aires: Editorial La Piqueta.
- FOUCAULT, Michel. (1999). Polémica, política y problematizaciones. En *Estética, ética y hermenéutica* (pp. 353-361). Buenos Aires: Paidós.
- FOUCAULT, Michel. (2003). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel. (2007a). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (2007b). *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (2008a). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura



Económica.

FOUCAULT, Michel. (2008b). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

FOUCAULT, Michel. (2009). *Historia de la locura en la época clásica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FREDERIC, Sabina y SOPRANO, Germán. (2009). Construcción de escalas de análisis en el estudio de la política en sociedades nacionales. En Sabina Frederic y Germán Soprano (Comps.), *Políticas y variaciones de escala en el análisis de la Argentina* (pp. 11-72). Buenos Aires: Prometeo.

GORDON, Colin. (1980). Afterwords. En *Power / Knowledge. Selected interviews and other writings, 1972 – 1977* (pp. 229-259). New York: Pantheon Books.

GORDON, Colin. (1991). Governmental Rationality. An Introduction. En Graham Burchel, Colin Gordon, y Peter Miller (Eds.), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality* (pp. 1-48). Chicago: The University of Chicago Press.

GUIDDENS, Anthony. (2003). *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editorial.

HABERMAS, Jürgen. (2003a). *Teoría de la Acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Ed. Taurus.

HABERMAS, Jürgen. (2003b). *Teoría de la Acción Comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Ed. Taurus.

HACKING, Ian. (2002). *Historical Ontology*. London: Harvard University Press.

HUGHES, Peter. (2008). La evolución de los grandes sistemas tecnológicos. En *Actos, actores y artefactos. Sociología de la tecnología* (pp. 101-145). Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

HUNTER, Ian. (1996). Assembling the school. En *Foucault and political reason. Liberalism, neoliberalism and rationalities of government* (pp. 143-165). Chicago: The University of Chicago Press.

LATOUR, Bruno. (1987). *Science in action. How to follow scientist and engineers through society*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

LATOUR, Bruno. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

LATOUR, Bruno. (2013). Prologo. Gabriel Tarde y el fin de lo social. En Gabriel Tarde, *Las leyes sociales* (pp. 9-35). Barcelona: Gedisa.

LEMKE, Thomas. (2007). "An indigestible meal? Foucault, governmentality and state theory". *Distinktion: Scandinavian Journal of Social Theory*. 2(8), 43-64.

LEVI, Giovanni. (1996). Sobre microhistoria. En Peter Burke (Ed.), *Formas de hacer*



- historia* (pp. 119-143). Madrid: Alianza.
- MILLER, Peter y ROSE, Nikolas. (2010). *Governing the present*. Cambridge: Polity Press.
- OTERO, Hernán. (1997). "Estadística censal y construcción de la Nación. El caso argentino, 1869-1914". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 16-17(3), 123-149.
- OTERO, Hernán. (2007). *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna (1869-1914)*. Prometeo: Buenos Aires.
- PROCACCI, Giovanni. (1991). Social Economy and the government of poverty. En Graham Burchell, Colin Gordon, y Peter Miller (Eds.), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality* (pp. 151-168). Chicago: The University of Chicago Press.
- REVEL, Jaques. (1996). *Jeux d'echelles. La micro-analyse á la experience*. Paris: Gallimard – Le Seuil.
- REVEL, Jaques. (2011). "Micro vs Macro. Escalas de observación y discontinuidad en la historia". *Revista de Humanismo Cristiano*, 2, 15-26.
- RODRÍGUEZ, Pablo. (2007). Prólogo. El modo de existencia de una filosofía nueva. En Gilbert Simondon, *El modo de existencia de los objetos tecnológicos* (pp. 9-24). Buenos Aires: Prometeo.
- ROSE, Nikolas. (1998). *Inventing Our Selves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ROSE, Nikolas. (1999a). *Governing the soul. The shaping of the private self*. London: Free Association Books.
- ROSE, Nikolas. (1999b). "Inventiveness in politics". *Economy and Society*, 28(3), 467-493.
- ROSE, Nikolas. (2004). *Powers of Freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ROSE, Nikolas. (2007). "La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno". *Revista Argentina de Sociología*, 8(5), 111-150.
- ROSE, Nikolas. (2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XX*. Buenos Aires: Unipe, Editorial Universitaria.
- VEYNE, Paul. (1984). Foucault revoluciona la historia. En *Cómo se escribe la historia* (pp. 199-238). Madrid: Alianza.



Notas

¹ Cf. *Signatures of Power*, de M. Dean (2013: 1-19), para una visión de la noción de poder como poseedora por sí misma de un carácter explicativo.

² El caso arquetípico de esto es el libro *Vigilar y Castigar* (2008b), cuya lectura promedio ha estado fuertemente vinculada a un tipo u otro de construcción de los individuos. Aquí también y a pesar de las sucesivas indicaciones, las lecturas han tendido a ver “control social” en un sentido mayormente restrictivo. La noción de sociedad disciplinaria no debe ser leída en clave sociológica (Gordon, 1980; Rose, 1999a). Es decir, no es análoga a la noción “sociedad disciplinada”. Se trata de la caracterización de una sociedad a partir del tipo de técnicas predominantes, sus modos de ajuste con otras que actúan sobre escalas diferentes así como a su función específica en unas artes de gobierno particulares. Vale destacar la honrosa excepción que representa el temprano intento de Colin Gordon (1980) de situar esta obra en clave “gubernamental”.

³ Con algunos cambios, el sentido de esta oración está tomado de P. Miller y N. Rose (2010: 14).

⁴ En lo que sigue retomo a grandes rasgos las líneas argumentales presentes en el primer y segundo movimiento de la segunda parte de *Rensamblar lo Social. Una introducción a la teoría del actor-Red* (Latour, 2008). Nikolas Rose (2004) y Thomas Lemke (2007) han llamado la atención sobre algunos conceptos de Latour, cuya productividad estimaron interesante para los estudios de gubernamentalidad. Aquí ensayo un nivel de articulación un tanto mayor, aunque sin solapar ambos enfoques. Por otra parte, quizá deberíamos llegar a Latour para partir hacia Foucault, si tenemos en cuenta lo que aquél afirma de este la única vez que habla de él en *Reensamblar lo social...* “Nadie fue más preciso en esta disección analítica de los ingredientes diminutos de los cuales está compuesto el poder y nadie fue más crítico de las explicaciones sociales. Pero en cuanto fue traducido se convirtió de inmediato en el que había puesto al descubierto las relaciones de poder que se encuentran *detrás* de cada actividad inocua: la locura, la historia natural, el sexo, la administración, etc.” (Latour, 2008: 126, nota al pie 38, cursivas del original). Como queda claro en la percepción de Latour, el problema de indagar “detrás” de las cosas, es que se asume un marco analítico con una escala ajena y exterior a la de los fenómenos.

⁵ Con particular desenfado, Latour recordará en una introducción a una obra de Gabriel Tarde que “lo grande nunca es más que la simplificación de *un* elemento de lo pequeño (Latour, 2013: 22, cursiva en el original).

⁶ Función que, y esta es otra analogía, no supone aquella “ilusión de efectividad” que Gordon (1980) entendía que estaba presente en las lecturas que se hacían de los trabajos de Foucault. Como Rose lo afirmó, “Vivimos en un mundo atiborrado de programas, pero no en un mundo programado” (Miller y Rose, 2010: 71, traducción propia).

⁷ Foucault pensó algunas veces en una mutua determinación de las redes locales de saber-poder y su “anexión” o “colonización” por “estrategias globales”, y otras veces tendió a ver estas últimas como meros efectos de las primeras. Tampoco en esto siguió una dirección lineal. Sus oscilaciones pueden seguirse en Foucault (2008b: 160, 199 y 214; 2008a: 39 [cuarta precaución metodológica], 222-223; 2007b: 18 y 140-146; 2007a: 218). Precisamente, elijo quedarme con este último pasaje, en el que parece acercarse a un proyecto de disolución de una medida escalar *a priori*: “el análisis de los micropoderes o de los procedimientos de gubernamentalidad no está, por definición, limitado a un ámbito preciso que se defina por un sector de la escala, pero debe considerarse como un mero punto de vista, un método de desciframiento que puede ser válido para toda la escala, cualquiera sea su magnitud”.

⁸ Recupero para este punto las dos principales piezas sobre la práctica historiográfica de la primera generación de la Escuela de los Annales escritas por sus propios referentes, *Combates por la Política* (Febvre, 1982) e *Introducción a la Historia* (Bloch, 1982).

⁹ Tomo este punto de J. Revel (2011). Es particularmente instructivo al respecto un estudio de un discípulo suyo, sobre la inmigración interna en Francia a principios del siglo XX. El resultado es que tales desplazamientos no pueden ser comprendidos solamente según variantes



macrosociológicas tales como cambios en el mercado laboral, pautas culturales generales (atracción de la vida urbana), sino que deben tenerse en cuenta aspectos relacionados a las familias (representaciones sobre el espacio social, los lazos de solidaridad, edad, profesiones) que las predisponen en mayor o menor grado a realizar los desplazamientos (para ello se tipologizan las familias como endocentradas o exocentradas). Sin embargo, tampoco estas últimas permiten por sí solas comprender el fenómeno. Reflexiones teóricas sobre este punto en Levi (1996). y particularmente en Revel (1996). Una lograda presentación y discusión de los efectos de este enfoque para casos de historiografía local se puede encontrar en el trabajo editado por Beatriz Bragoni, *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina* (2004)

¹⁰ He intentado realizar esta tarea en relación a las variantes de la categoría de lo público en un texto filosófico bastante conocido, “¿Qué es la Ilustración? Respuesta a una pregunta” de I. Kant (Avellaneda, 2012).

¹¹ En este y el siguiente párrafo recupero, con algunas variantes, la línea argumental desplegada por Rose en el primer capítulo de *Inventing Our Selves: Psychology, Power and Personhood* (1998: 22-40).

¹² Es necesario notar que las técnicas intelectuales funcionan condicionando a los mismos individuos que realizan trabajos científico-académicos. Hacking (Hacking, 2002:169) recuerda a partir del caso de Malinowski el modo en que la práctica etnográfica está fuertemente moldeada por manuales de buenos procedimientos y en los cuales se enfatizan en los modos y lenguajes pertinentes, o la forma en general en que se debe cuidar la propia conducta ante los “nativos”. Un trabajo de un amigo y colega expande estas consideraciones a la práctica científica en general en las ciencias sociales, haciendo hincapié – a partir de un caso - en las distancias densamente elaboradas que se generan en los momentos de contacto e interacción (Bartlett, 2014). Junto a Ian Hacking, los trabajos que permiten una mayor comprensión de las estadísticas como instrumentos de gobierno son los de Alain Desrosieres (2008a; 2008b). Para los estudios en Argentina, y en algún punto cercano al fenómeno de las artes gubernamentales, véanse los trabajos de Hernán Otero (1997; 2007).

¹³ Trabajo aquí sobre otro marco de análisis estos conceptos de Bijker, Hughes y Pinch (1993), Barry (2001) y Hughes (2008), aunque compartiendo la visión general respecto a que “los sistemas tecnológicos contienen elementos destinados a resolver problemas entremezclados, complejos. Son simultáneamente construidos socialmente y configuran la realidad” (Hughes, 2008: 101). En lo general la literatura sobre las tecnologías o las técnicas ligadas a la modificación de los comportamientos, ha tomado el camino de la diferenciación –necesaria en un punto– entre Foucault y otras problematizaciones como la de Heidegger o la Escuela de Frankfurt, en las que se jugaba la polarización entre técnica y humanidad. Debería considerarse la productividad de ir más allá de este contrapunto e incluir en el debate los trabajos franceses sobre los complejos de redes socio-técnicas, así como la tradición anglosajona sobre historia y sociología de la tecnología.

Fecha de recepción: 01 de abril de 2015. Fecha de aceptación: 16 de junio de 2015.